



*Revista de Fomento Social*, 55 (2000), 247-269

# La globalización como cambio cultural: más allá del capitalismo y del nacionalismo

---

*Jaime LORING MIRÓ S.J.\**

---

## **1. Supuesto metodológico**

### *1.1. La década de los 90*

Cualquier análisis de la realidad política, económica o social que se haga en estos días, no puede prescindir de las modificaciones sustanciales que el orden mundial ha experimentado en la década de los 90. La disolución del imperio soviético, y la consiguiente desaparición del sistema de bloques; el avance de los procesos de integración supranacional, fundamentalmente en Europa, pero igualmente en el Cono Sur Latinoamericano, y el Tratado de Libre Comercio en el Norte; y en general el fenómeno mundial de la globalización, han hecho de esta década de los 90 una etapa de cambios suficientemente profundos como para que podamos decir que la única manera de

---

\* Profesor emérito de ETEA.

comprender el presente es intentando vislumbrar el futuro. El esfuerzo por vislumbrar el futuro nos acerca más a la comprensión de nuestro tiempo, que el estudio de la experiencia del pasado.

Por supuesto, cualquier afirmación que hagamos acerca del futuro, tiene forzosamente un coeficiente de subjetividad importante. Cada uno imagina anticipadamente el futuro según su talante. Ello lleva asociado un coeficiente de riesgo, puesto que no podemos someter a una verificación objetiva nuestras afirmaciones, hasta tanto que los sucesos anunciados se hayan realizado.

### *1.2. La cultura*

El fenómeno de la globalización ha de ser profundizado en las bases culturales que lo sustentan. La globalización tiene efectivamente aspectos económicos, financieros, comerciales. Todos ellos son manifestaciones de la globalización, pero no constituyen su esencia propiamente dicha. La globalización es un fenómeno cultural definido por un sistema de valores. El mundo en general, y las relaciones de los seres humanos que pueblan el mundo han sido reconfigurados en un sistema cultural distinto al vigente hasta ahora. Supuesto este nuevo sistema cultural, han ido apareciendo progresivamente nuevos procedimientos en los intercambios financieros, económicos y comerciales. Otros fenómenos irán apareciendo posteriormente: nueva forma de entender la milicia, modalidades de Seguridad Social, o de relaciones diplomáticas. La comprensión de todas estas expresiones de la globalización requiere el análisis de su esencia cultural.

La cultura es un conjunto estructurado de valores. Los valores no son cuantificables, ni por sí mismos unos son superiores a otros. La apreciación que la mente humana hace de ellos es el único criterio para establecer la jerarquía. La fuerza física, la pericia guerrera, son en ciertas culturas valores superiores a la sabiduría; el orden público es en ciertas culturas un valor superior a la justicia y la igualdad social; el nacionalismo es apreciado en ciertas culturas como un valor superior a la solidaridad internacional. Es a partir de una determinada cultura como se toman decisiones individuales o colectivas, como en definitiva se define el bien y el mal, la verdad y el error. Lo que en una cultura es considerado una virtud, en otra es considerado un delito. Por esta razón la reflexión sobre los actos humanos exige enmarcarlos en la cultura en el que está inmerso el actor de ellos.

De la misma manera que hablamos del ser humano, varón o mujer, como ente real, la sociedad es así mismo un ente real. No es meramente una agregación de individuos. Es un ente real, con su propia vida, sus propias vicisitudes, su propia evolución y transformación. El ser humano individual se constituye por la estructura de células, tejidos y órganos, y un espíritu o alma que personaliza su identidad. La sociedad humana se constituye por una estructura de individuos jerarquizada, y un espíritu que igualmente personaliza su identidad. Ese espíritu es la cultura. Cada sociedad tiene su propia cultura. Esa cultura es el espíritu que le da identidad. Cuando cambia la cultura podemos decir que una sociedad, no los individuos, sino el ente sociedad, ha muerto y ha nacido uno nuevo. Observar a lo largo del tiempo cómo nacen y mueren las sociedades, no precisamente por la muerte de los individuos, sino por el fenecimiento de sus culturas, y alumbramiento de otras nuevas, nos acerca a la comprensión del fenómeno humano. Efectivamente el análisis del fenómeno humano excede el ámbito de lo individual, y requiere una aproximación a la consistencia de lo colectivo.

Cada sociedad está configurada por un sistema cultural. La cultura, igual que la naturaleza, constituye un sistema de unidades elementales, organizadas y jerarquizadas en subconjuntos y conjuntos de orden superior. El sistema de la naturaleza nos es dado, y es permanente a lo largo de la historia y del espacio. Es un sistema con el que nos encontramos. Por el contrario, el sistema cultural es elaborado por nosotros mismos, es una creación del espíritu humano. Como tal creación del espíritu humano está sometido al cambio histórico, y a las variedades étnicas, geográficas y religiosas. Las culturas estructuran una jerarquía de valores en las que algunos de ellos se afirman y consolidan como absolutos. Juegan el rol de valores absolutos en el ámbito de la propia cultura que los ha engendrado. Sin embargo, no tienen tal carácter absoluto en otra cultura distinta. Pueden llegar, incluso, a ser considerados antivalores.

Hemos estudiado, a veces, la historia como una sucesión de reyes y de guerras que hacían mudar de lugar las fronteras y redimensionaban el territorio dominado por cada monarca. Más modernamente se ha hecho la historia estudiando los modos económicos de producción, de comercio y de consumo a lo largo del tiempo. Es la consecuencia de haber dado más importancia a los modos de vida de las poblaciones, que a los derechos dinásticos y territoriales de las familias reinantes. Todavía esta metodología del estudio de la historia es superficial. Más allá de los modos de vida de las poblaciones están los fundamentos culturales que determinan estos modos de vida.

### 1.3. El cambio cultural

El miedo al vacío es una característica común a los individuos y a las sociedades. Y, puesto que le tenemos miedo, lo mejor es pensar que el vacío no existe, vivir como si no existiese. Cada individuo conoce la certeza de la muerte. Nos protegemos psicológicamente suponiendo que está lejana; que por el momento podemos seguir trabajando, amando, conversando, en la hipótesis de que esto aún ha de continuar bastante tiempo.

A las sociedades les ocurre lo mismo. Por poco que hayamos estudiado la historia, sabemos que no solamente han muerto los individuos, sino que también han muerto las culturas. No solamente desaparecieron Homero y Virgilio, Dante y el Arcipreste de Hita, Mozart y Bethoven. También han desaparecido culturas poderosas: el imperio de los Faraones, el Imperio Romano, el sistema feudal, el Renacimiento, las grandes monarquías europeas. Cualquiera de estas culturas fue grandiosa, y ha dejado el testimonio de pirámides, catedrales, palacios, puentes y acueductos; obras literarias y códigos legislativos. Todo ello excelente producto de la creatividad humana. Sin embargo, ello no impide que sean culturas agotadas, y que fueran sustituidas por otras diferentes, que, a su vez, volvieron a agotarse y ser sustituidas.

Situados dentro de un determinado sistema cultural nos encontramos encerrados en un espacio limitado por biombos opacos, sin la posibilidad de percibir lo que detrás de esos biombos pueda existir. En realidad existen otros mundos, otras culturas donde los criterios de evaluación son diferentes, puede que incluso contradictorios con los de la cultura que nos envuelve a nosotros mismos. Si estos biombos no son solamente geográficos, sino además temporales, perdemos la perspectiva de lo que ha sido válido antes que nosotros, y previsiblemente será válido después de nosotros. Lo apasionante del análisis histórico de las culturas, es precisamente constatar, cómo los seres humanos han podido vivir y conformar mundos totalmente diferentes. El análisis histórico nos sitúa en una perspectiva de conjunto. Desde esta perspectiva percibimos cómo cada una de las sociedades, que en el mundo han sido, otorga a su respectiva *Weltanschauung* (cosmovisión) un carácter absoluto. Siendo así que la mera existencia de culturas diferentes a lo largo y ancho del espacio y del tiempo consagra la relatividad y coyunturalidad de cualquiera de ellas.

Cada sociedad se considera a sí misma en el punto final, en el punto Omega, de la transformación cultural. Aprecia la superación que ella misma ha hecho

de viejos esquemas, y piensa que ha llegado al límite de la modernidad y del progreso. Las sociedades generalmente no son conscientes de que el acervo cultural que les da consistencia, pueda un día quedar superado por otro nuevo. Incluso se resisten al cambio, porque el cambio representa la muerte de la propia sociedad como tal. Otra nueva sociedad ocupará su lugar en la historia, mientras que la presente quedará reducida a una mención en los libros especializados.

En esta dialéctica del cambio histórico se producen mutaciones de menor cuantía: cambios accidentales del equilibrio, sustituciones de protagonistas y agentes dominantes, aun permaneciendo el mismo esquema estructural. Sin embargo, de vez en cuando las mutaciones afectan a la propia estructura de las relaciones, desaparece todo un sistema de equilibrio mundial, y es sustituido por otro. No se sustituyen solamente los puntos de apoyo del equilibrio, sino el mismo sistema de equilibrio: el sistema de pueblos autónomos, etnográfica y lingüísticamente plural, fue sustituido por el imperio romano, unificador de la lengua y la cultura en toda la cuenca mediterránea; el imperio romano fue sustituido por el sistema feudal de príncipes territoriales; el sistema feudal fue sustituido por las monarquías absolutas, dando lugar al nacimiento del concepto de Estado; el sistema aristocrático fundamentado sobre el principio de la sangre, fue sustituido por el sistema burgués-capitalista fundamentado sobre el principio de la eficacia económica, del mercado y de la rentabilidad del capital.

Esta última gran mutación histórica tiene lugar a lo largo del siglo XVIII, digamos hacia 1750; y se consolida definitivamente en torno a 1850. Nos podemos preguntar 250 años más tarde, al acercarnos al año 2000, si el sistema burgués-capitalista, que ha dado estabilidad a la sociedad internacional durante estos 250 años, está al borde de una nueva mutación fundamental; si la sociedad postindustrial, postcapitalista o postsocialista, da igual el término que escojamos, se configurará con esquemas de relaciones económicas, sociales y políticas distintas de las conocidas hasta ahora; o si, por el contrario, los acontecimientos que estamos viviendo constituyen solamente cambios accidentales, sustitución de protagonistas, desplazamiento de los puntos de apoyo, pero permaneciendo las mismas leyes de equilibrio.

La última década del siglo XX ha comenzado con un signo generalizado de liquidación del sistema de equilibrio internacional, tanto en el orden político como en el orden económico. Los análisis intelectuales que se

venían haciendo sobre la inviabilidad del sistema de bloques, sobre la inviabilidad de las desigualdades económico-sociales entre el norte y el sur, sobre la inviabilidad de un desarrollo económico alimentado por la carrera armamentística, salieron finalmente del círculo de los intelectuales, para hacerse realidad en los acuerdos políticos tanto dentro de los Estados, como en las relaciones internacionales. El año 1989, se cerró ante el asombro de la comunidad internacional, con un conjunto de cambios inesperados tanto por su profundidad, como por la rapidez con que se produjeron.

A lo largo del segundo semestre de 1989 ocurrieron suficientes cosas como para asombrar a la opinión internacional. Desde entonces hemos vivido unos momentos de la historia realmente apasionantes. El orden mundial camina aceleradamente hacia una reestructuración, que no es exagerado decir que es total. El fenómeno comenzó en Polonia, de ahí se extendió a los demás países de la Europa Central, y alcanzó a la propia Unión Soviética. La Unión Europea busca afanosamente rebasar los límites de la unidad de mercado, incluso de la unión monetaria, para entrar en una nueva fase de unión política y militar. Incluso el gran continente latinoamericano despierta con una nueva conciencia de autonomía política y de solidaridad a nivel continental. Los términos de democracia, de paz, de solidaridad internacional empiezan a formar parte del lenguaje universalmente aceptado. Hay suficientes síntomas para pensar que está naciendo una sociedad muy diferente de la que hemos conocido hasta ahora. La historia de la humanidad en esta década final del siglo XX está preñada, y si auscultamos el feto que lleva en su seno, podremos prever con cierta aproximación cuáles serán los rasgos característicos de la nueva sociedad a cuya gestación estamos asistiendo, y de cuyo nacimiento quizás podamos ser testigos.

El cambio, al que estamos asistiendo, de las estructuras de equilibrio políticas, económicas y sociales no es un fenómeno que haya alumbrado nuestra generación por primera vez. Efectivamente, no es la primera vez en la historia que una generación abandona el esquema de relaciones en el cual se había acostumbrado a vivir. No es la primera vez que ocurre que lo que en su día constituyó una revolución, que sustituyó esquemas vigentes hasta el momento, haya sido sustituido a su vez, en un proceso de cambio histórico, por otros distintos. Cualquier esquema de relaciones sociales, económicas y políticas, que en un momento dado se considera tradicional, ha sido antes una novedad que ha desplazado a otra tradición previa. El sistema social está

sometido continuamente a cambios y transformaciones.

La respuesta que demos a esta pregunta va a depender más de nuestras opciones personales y subjetivas, que de un razonamiento empírico a partir de observaciones objetivamente contrastadas.

Podemos adoptar actitudes de simpatía o de rechazo a los cambios introducidos en la sociedad a lo largo de estos 250 años, pero lo que no podemos es cerrar los ojos a la lógica de la historia. Si los acontecimientos que hemos vivido a partir de 1989 son solamente un cambio accidental del sistema global, pero no afectan a la permanencia del sistema en sí mismo, podemos predecir mediante una extrapolación cuál será la sociedad en las primeras décadas del siglo XXI. Si, por el contrario estamos asistiendo a una mutación cualitativa, a una sustitución del mismo sistema de equilibrio, no es posible hacer ningún tipo de previsiones, no nos queda más que esperar, observando cuidadosamente, cómo se va definiendo el nuevo sistema.

Es precisamente esta dialéctica entre la permanencia y *conservación* de los valores actualmente existentes, o en la sustitución de los actuales valores por otros nuevos, promoviendo el *progreso* cultural, lo que diferencia las mentalidades integristas de las tolerantes. Por ello, el fundamento de la tolerancia consiste en la conciencia de la transitoriedad de las culturas. Por el contrario los integrismos se apoyan en la convicción de su permanencia cuasi eterna. Los integrismos caen en el género de idolatría que los antiguos profetas de Israel combatían celosamente. Elevar a la categoría de absoluto y permanente, con atributos cuasi divinos, objetos creados por los hombres, fuesen de madera, bronce o metales preciosos. De forma similar los integrismos se autodeclaran fieles absolutos de algo, que por su propia esencia es meramente contingente.

Los integrismos a veces adoptan modos de procedimiento pacíficos. Optan por una resistencia al cambio pasiva, o victimista. El hecho de que adopten formas de autoinmolación, no altera su perfil intransigente, su idolatría por una determinada cultura, la cual en realidad no es más que una creación transitoria y pasajera del espíritu humano. Otras veces adoptan modos de procedimiento agresivos, donde la violencia es apreciada como forma heroica de defender los valores absolutos, exterminando todo aquello que se opone a sus particulares esquemas. Este fue el carácter de los fascismos que adquirieron gran aceptación en amplios sectores de la sociedad europea de los años 30. Ya no con carácter mayoritario, pero sí significativo, tales culturas neofascistas siguen presentes en nuestro tiempo, y de

vez en cuando ejecutan acciones de acuerdo con su propia jerarquía de valores.

Pues, a pesar de esta conciencia histórica, nos resistimos a pensar que nuestra propia cultura esté en proceso, como todas las demás que le han precedido, de agotarse y ser sustituida. No somos capaces de imaginar una nueva cultura basada en principios diferentes del actual sistema dominante.

#### *1.4. La globalización como cambio cultural*

La palabra *globalización* se está empleando cada vez más en todos los ambientes, políticos, económicos, sociales, financieros. Por su etimología, la palabra puede ser tan antigua como se quiera. El descubrimiento de que la tierra no es una superficie plana, sino un globo esférico, es un descubrimiento viejo. Lo que es absolutamente nuevo, es que todos los seres humanos que habitan sobre este globo esférico, han dejado de constituir conjuntos separados y autosuficientes para convertirse en un único conjunto, donde lo que ocurre o se decide en un extremo del globo terráqueo, tiene consecuencias inmediatas en cualquier otro espacio del mismo globo.

Este hecho no es solamente nuevo, es revolucionario. Ha cambiado la faz de la tierra. Creo que no nos damos cuenta exacta de su trascendencia, porque es un fenómeno muy reciente, y aun no se ha constituido en tradición. Comienza en 1989-90, hace unos diez años. Tampoco los bárbaros que conquistaron Roma eran conscientes de la trascendencia histórica de lo que estaban haciendo; ni los franceses que tomaron La Bastilla eran conscientes de lo que la Revolución Francesa habría de significar en la futura historia del mundo. Cada uno de ellos intentó resolver a su manera su particular problema. Luego resultó que lo que hicieron, fue mucho más allá de sus pretensiones inmediatas. De la misma manera la gente que empezó en los últimos meses de 1989 a fugarse de Checoslovaquia y de Hungría hacia la Europa Occidental tampoco eran del todo conscientes de lo que estaban provocando. Pretendieron resolver su particular problema. La consecuencia fue que a partir de 1990, ha quedado diseñado un modelo de sociedad internacional, que no tiene nada que ver con todo lo que hemos conocido hasta ahora. En los albores del siglo XXI está naciendo ante nuestros ojos un esquema social, político, financiero, desconocido hasta ahora, del cual no tenemos todavía experiencia, más aún, que todavía no nos lo creemos del todo.

A partir de la desaparición del sistema de bloques, y de la configuración del mundo entero como una sola unidad, ha aparecido una nueva dimensión de todos los problemas económicos y políticos. Ya ningún asunto financiero, industrial, político o migratorio, puede ser resuelto si no es planteado a nivel global, es decir, mundial. El problema del empleo, por ejemplo, uno de los leitmotiv de los discursos de los políticos y de las planificaciones de los economistas, no será nunca resuelto a nivel de un solo Estado. Ni sus raíces, ni los mecanismos de su solución están bajo el control de las autoridades de un sólo gobierno. Su origen radica en las diferencias salariales, que existen entre unos países y otros.

Por poner un sólo ejemplo, que entiendo puede resultar perturbador. A nivel del Estado se ha configurado un sistema de seguridad social. Cada Estado, con las modalidades diferenciales que sean, ha diseñado un sistema de seguridad social, en virtud del cual, se pretende que todos los ciudadanos tengan cubiertas las necesidades básicas de salud, renta mínima, jubilación. Tal seguridad social se financia a base de detraer, mediante la imposición fiscal, a las empresas y a las personas físicas con rentas más altas parte de sus ganancias. A continuación, estos fondos se distribuyen entre las personas con rentas inferiores. El sistema puede funcionar con mayor o menor eficacia, pero el sistema existe, y es universalmente admitido. Es admitido a nivel de cada Estado por separado. El próximo paso será un sistema de seguridad social a nivel mundial. Todas las empresas del mundo, y todos los ciudadanos del mundo con rentas altas, pagarían una cotización a la seguridad social mundial, la cual a su vez prestaría servicios de salud, renta mínima y jubilación a todos los ciudadanos del mundo con rentas inferiores. Acepto que tal hipótesis resulte alucinante. Igualmente alucinante hubiera resultado a Adam Smith, cuando reflexionaba sobre la sociedad que estaba emergiendo de la primera revolución industrial, el sistema de seguridad social que tenemos ahora. Lo que hoy es evidente, hace doscientos años era alucinante. Como la historia está sometida a una aceleración constante, lo que hoy es alucinante, tardará menos de doscientos años en ser evidente.

## **2. La globalización como superación del capitalismo**

### *2.1. Lugar del capitalismo en la historia*

En la segunda mitad del siglo XVIII tiene lugar la aparición de un fenómeno técnico, pero que tendrá la virtualidad de transformar las estructuras socia-

les y la cultura del mundo occidental: la primera revolución industrial. La sustitución del artesano por la factoría traerá consigo la creación de centros fabriles con una capacidad de producción mucho mayor que lo que el entorno geográfico próximo pueda consumir. Se generaliza el comercio internacional. Y sobre todo se descubre la posibilidad de multiplicar la riqueza. Lo que no había sido nunca hecho por la agricultura ni por los sistemas de producción artesanales, lo hace la nueva industria. La inversión industrial permite multiplicar el capital de los ahorradores.

Es así como nace, no solamente un nuevo orden económico, nace sobre todo una nueva cultura. Los excedentes ya no se atesoran. Ya no es importante poseer un tesoro, sino poseer una inversión. La riqueza se invierte para que puedan estar multiplicándose continuamente. Por ello tiene que estar permanentemente invertida. Aparece una nueva función de las instituciones financieras. El antiguo usurero medieval, es sustituido por los nuevos bancos. Estos bancos ya no prestan su propio capital a los inversores, sino que captan los pequeños ahorros de las familias, y los canalizan hacia los agentes inversores. A partir de este momento, la inversión del pequeño ahorro no requiere emprender un negocio, basta simplemente con cedérselo al sistema bancario, quien asume el papel de hacerlo llegar a algún agente inversor.

El sistema nacido en el siglo XVIII, ha pasado por importantes transformaciones. Los primeros esquemas de procedimiento fueron alarmanamente inhumanos. La desprotección jurídica y social de los trabajadores de las factorías y de las minas dio lugar a abusos y situaciones que hoy día parecen inconcebibles en una sociedad medianamente modernizada. La acción política y social de los partidos de izquierda y de los sindicatos a todo lo largo del siglo XIX y primera mitad del siglo XX han logrado que el sistema capitalista haya adquirido un rostro humano aceptable.

Desde su nacimiento hasta hoy hemos de reconocer que el sistema capitalista ha conseguido un avance en la producción de bienes y servicios como no lo había conseguido ningún otro sistema con anterioridad. En 250 años, la sociedad capitalista ha logrado avances técnicos, mejoras del confort de vida, de las comunicaciones, de los transportes, incomparablemente mayores que lo que se consiguió en 5.000 años. La aceleración del desarrollo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII es lo que ha conseguido que el diferencial de desarrollo entre nosotros y la Europa de Napoleón Bonaparte sea mucho mayor que el diferencial ente Napoleón Bonaparte y los Faraones de Egipto.

Juntamente con este éxito, hemos de tener presente su fracaso social. La ingente riqueza acumulada en estos 250 años de capitalismo, se ha concentrado en reducidas áreas del planeta, y ha mejorado las condiciones de vida de una escasa cuarta parte de la humanidad. La inmensa mayoría de la humanidad no ha sido beneficiada por el éxito del desarrollo capitalista.

Al acabarse el siglo XX estimo que existen suficientes indicios para pensar que nos encontramos en un quicio o esquina de la historia donde la corrección de algunos excesos de la cultura no es suficiente. No pretendo decir que la cultura capitalista nacida en la segunda mitad del siglo XVIII no haya aportado al mundo occidental ventajas comparativas importantes. De hecho –como dije más arriba– las sociedades occidentales de América del Norte, Europa y de algunos países de Asia, han experimentado en estos 250 años un progreso, económico y social, como no se había conocido en 5.000 años antes. No se puede decir lo mismo de otros países y poblaciones donde los efectos de las decisiones económicas y políticas de las potencias dominantes han provocado situaciones de dependencia y empobrecimiento. Pero de hecho donde ha tenido éxito, el éxito ha sido espectacular.

## *2.2. El ocaso del capitalismo*

Lo que nos podemos plantear es si al cabo de estos 250 años, la sociedad mundial puede seguir siendo alimentada y conformada por esta cultura capitalista. Cuando menciono al capitalismo no lo estoy haciendo como alternativa o par dialéctico con el socialismo. En realidad el sistema económico implantado en los países de la antigua área de influencia soviética no era sino una variante del propio sistema capitalista. Los fundamentos del sistema eran los mismos, variaba solamente el proceso de toma de decisiones: las tomaba el Estado no los individuos particulares. Pero el Estado razonaba con los mismos criterios que lo hacen los individuos en los sistemas de economía de libre mercado: la multiplicación de la riqueza.

La alternativa dialéctica a la cultura capitalista actualmente dominante, no es el socialismo, es la cultura que está por venir. Las relaciones laborales en el capitalismo actual no están ya subordinadas a los excesos de la primera revolución industrial. Muchos de ellos han sido corregidos, incluso eliminados, por el movimiento socialista con resultados realmente satisfactorios. Gracias a las rectificaciones introducidas en el sistema por los partidos

políticos socialistas, y las organizaciones sindicales, el sistema económico capitalista, dominante en los países desarrollados, no ha mantenido la pureza de sus principios, y por ello se puede vivir dentro de él con un nivel de confort y de libertad apreciable. El sistema tal como fue creado y teóricamente justificado en los albores de la revolución industrial, nos hubiera conducido a niveles de opresión y de injusticia social inaguantables.

Nuestra generación se encuentra enfrentada a un desafío histórico de gran magnitud. Ya no se trata de acertar con las decisiones que hagan funcionar el capitalismo a satisfacción de la mayoría. El problema es que la misma cultura capitalista se encuentra ya históricamente agotada.

El sistema capitalista está fundamentado sobre el principio del beneficio. El ciclo beneficio-ahorro-inversión-beneficio constituye la dinámica esencial del sistema. Esta dinámica ha sido probadamente eficaz para los países de occidente. A su vez, ha generado miseria en otros países.

La consecuencia inmediata de esta dinámica es el crecimiento continuo y acumulado que sigue una tendencia exponencial. Con la misma ley matemática del interés compuesto, las nuevas inversiones aumentan el beneficio y el ahorro, determinando mayores producciones cuyos excedentes son de nuevo invertidos, generando así mismo aumentos acumulados de producto.

La imposibilidad matemática de un crecimiento infinito en un mundo finito fue ya planteada por los primeros pensadores teóricos del sistema capitalista. D. RICARDO (1772-1823) y J. STUART MILL (1806-1873) al reflexionar, desde el estricto punto de vista de la teoría, sobre la dinámica del crecimiento del nuevo sistema económico emergente, comentan la necesidad de que en la fase terminal se llegue al *estado estacionario*. Pero el estado estacionario es contradictorio con el propio sistema capitalista. Si el *estado progresivo* ha de ser sustituido por el *estado estacionario*, ello significa que el sistema burgués-capitalista ha de ser sustituido por otro diferente, donde el beneficio, el ahorro y la inversión dejen de tener el rol de motores de la economía.

Creo que tenemos suficientes indicios que empiezan a sugerir este agotamiento: el hecho de que la Política Agraria Común haya cambiado en la dirección opuesta a la finalidad con que fue instaurada es un síntoma relevante. En los años 50 y 60 Europa era deficitaria en productos agroganaderos, y los países firmantes del Tratado de Roma tomaron la decisión de

adoptar medidas comunitarias al objeto de incrementar la productividad agraria, bajo el lema de la *Europa Verde*.

El 4 de septiembre de 1950, cinco años después del final de la guerra mundial, en virtud del informe Pfimplin, ministro de Agricultura de Francia, el Consejo de Ministros de este país decide comunicar una nota sobre la organización europea de los mercados agrícolas.

“La agricultura y el abastecimiento alimentario, constituyen uno de los dominios en que la organización económica de Europa es más necesaria. Europa es un gran país agrícola. En su aspecto social, lo mismo que en su aspecto económico, el estado de la agricultura señala el destino de los países europeos. Sin embargo, falta mucho para que la agricultura de los países europeos corresponda a sus posibilidades y a las exigencias de la economía europea. La producción agrícola es insuficiente”.

Así es como se comienza a plantear la necesidad de una Política Agraria Común, que fija los principios de la *Europa Verde*. En julio de 1958 la Conferencia de Stresa (Italia, en la ribera del lago Mayor) reunía a los signatarios del Tratado de Roma (marzo de 1957) y a los representantes de las organizaciones profesionales de los seis países. Allí se trazaron las primeras líneas directrices de la futura política agrícola común. A finales de 1959 la Comisión presentó al Consejo de Ministros sus primeros proyectos de política agraria común. En diciembre de 1960 el Consejo de Ministros promulgó los principios de la creación de la *Europa Verde*.

Los objetivos que la Política Agraria Común se propuso en 1960, han sido ampliamente conseguidos. Pero a la vez que ha resuelto los problemas de 1960, ha generado nuevos problemas que se han planteado a lo largo de la década de los 80. Así lo recogía el informe Mac Sharry.

«Esta política ha contribuido al crecimiento económico y ha permitido proporcionar a los consumidores europeos una amplia gama de productos alimenticios de calidad a precios razonables. Sin embargo, este sistema, perfectamente adaptado a la situación de la agricultura deficitaria, ha puesto de manifiesto graves defectos en el momento en que la Comunidad ha comenzado a ser excedentaria en la mayor parte de sus productos agrarios».

Los objetivos de la Política Agraria Común han sido totalmente conseguidos, se ha logrado que Europa sea autosuficiente en productos agroganaderos, y se ha mantenido el nivel de renta de los agricultores. A la vez que se resolvió un problema de falta de producción se ha generado otro de superproducción. Europa no es capaz de consumir todo lo que es capaz de producir. Fuera de Europa los países con capacidad de comprar la superproducción europea también son excedentarios. Y aquellos que padecen déficit

agroalimentario no tienen capacidad de pagar los costos de la producción de los productos europeos. En vista de lo cual la Comisión Europea se ha visto en la necesidad de adoptar medidas radicalmente anticapitalistas: subvencionar la **no producción**.

El sector agrario ha acusado en Europa esta crisis del crecimiento exponencial antes que el sector industrial o de servicios. La Política Agraria Común propone una serie de medidas estrictamente anticapitalistas, como son el abandono de tierras, la jubilación anticipada, el retorno a una agricultura extensiva, la protección del medio ambiente.

Es lógico que la necesidad de adoptar medidas anticapitalistas se haya puesto de manifiesto en la agricultura antes que en otros sectores de la economía. La rigidez de la demanda en los productos agrarios ha sido la causa de que se haya notado antes en la agricultura la imposibilidad del crecimiento ilimitado.

La misma situación de ahogamiento en la producción que está experimentando la agricultura en la última década del siglo XX llegará a producirse en el sector industrial. Tampoco los automóviles, los electrodomésticos, la misma construcción son susceptibles de un crecimiento ilimitado. Podemos discutir el plazo que queda para llegar a la saturación, el hecho mismo de la saturación es indiscutible

No está demasiado lejana la fecha en que lo mismo que ha ocurrido con la producción agroganadera ocurra con la producción industrial. Los países industrializados son capaces de producir muchos más bienes y servicios que los que son capaces de consumir, y los que están faltos de estos bienes y servicios no tienen capacidad de pagar los costes de producción.

Por otra parte la cantidad de bienes industriales que el equipo actualmente instalado es capaz de producir está ya creando un problema de espacio. Las ciudades atiborradas de coches aparcados creo que es la imagen más representativa de un sistema productivo que ha alcanzado el punto de saturación. Si a ello le añadimos la destrucción del medio ambiente, y los problemas ecológicos resultantes, pienso si no es hora de ir pensando que el proceso de desarrollo industrial iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII está llegando al límite de sus posibilidades. Que no muy tarde va a cesar, agotado no en su fracaso, sino en su éxito. Tal como decíamos de la agricultura europea.

En el marco de la cultura capitalista, apoyada en el ciclo ahorro-inversión-

beneficio-ahorro, no existe solución razonable a los problemas que se nos están planteando en los finales del siglo XX. La cultura capitalista se apoya en un postulado básico: la multiplicación del ahorro, es decir la multiplicación de la riqueza. En una reducida área del planeta se ha llegado al ahogamiento de las personas en su propia riqueza y a la destrucción de la naturaleza virgen, mientras que los excedentes no pueden llegar a las áreas deficitarias.

Esto es lo que yo llamo el **ocaso del capitalismo**. Tenemos ante nosotros, por poco que reflexionemos con un poco de serenidad e imparcialidad, suficientes síntomas para pensar que una nueva cultura ha de sustituir a la presente. La actual ha dado de sí ya todo lo que tenía que dar.

### *2.3. Lo que el capitalismo nunca llegó a conseguir*

La crisis de saturación del crecimiento, que se experimenta en el reducido ámbito de los países industrializados, contrasta con la penuria y el infradesarrollo de los países tercermundistas. La sima se va agrandando entre la pequeña minoría del mundo desarrollado y la ingente masa de poblaciones que mueren de hambre, de insuficiencias sanitarias, y de carencia de cultura. Podemos defendernos con una muralla de logística militar, dotada de armamento electrónico y nuclear, capaz de desalentar el asalto de los pobres al mundo de los ricos.

Sin embargo, el problema de las migraciones, la presión ejercida sobre la frontera sur de USA, y sobre las costas mediterráneas de Europa, es un fenómeno que no va en retroceso, a pesar de la legislación restrictiva y de la vigilancia policial. No está fuera de lugar pensar que el futuro de Europa puede acercarse a la realidad actual de los Estados del sur de USA, donde la población inmigrante ha crecido de tal forma que son estados prácticamente bilingües y biculturales. No parece estar muy lejos de la realidad que en unos años Europa cuente con una población inmigrante magrebí y subsahariana que llegue a tener un volumen proporcional a la que tienen los latinos en California o Florida.

La cultura de la globalización es la que ha llevado a la conciencia de muchas gentes el sentimiento de que los problemas de penuria de países diferentes no son problemas ajenos. Todo el amplio sector de la cooperación internacional, llevado a cabo por personas y organismos privados, también por los propios Estados, son el indicio de esta nueva cultura que no cabe en los modelos de toma de decisiones clásicas del capitalismo. Los

modelos de toma de decisión estrictamente capitalistas que buscan sólo y únicamente la maximización de la ganancia y la minimización del riesgo, son incapaces de resolver el desequilibrio entre los países desarrollados y no desarrollados. La cultura de la globalización nos conduce a una superación de los valores tradicionales del capitalismo. La globalización está reclamando incluir en los modelos de toma de decisiones valores tales como la solidaridad, la distribución igualitaria de la riqueza, la justicia y la ecología. Es desde el punto de vista de la globalización donde se están poniendo de relieve las insuficiencias del modelo capitalista de ahorro e inversión.

### **3. La globalización como superación de los nacionalismos**

#### *3.1. La patria y las amenazas a la patria*

A partir de las ideas expuestas sobre la cultura y los cambios culturales, pasemos a analizar el contenido cultural del concepto de patria. Desde siempre, desde los estadios culturales más primitivos en los cuales la asociación de los seres humanos en comunidades se realizan en el modelo de “tribu”, hasta los estadios culturales más modernos, en los que los seres humanos tienen un sentido de pertenencia a un “Estado Soberano”, el concepto de patria ha tenido una vigencia permanente. La patria, ya sea la tribu primitiva, ya sea el moderno Estado soberano, es un tipo de agrupación humana con una doble dimensión: por una parte es un modelo aglutinador de los miembros pertenecientes al colectivo determinado; y por otra parte es un modelo creador de separaciones y barreras. No solamente crea separaciones, crea también antagonismos. Los colectivos humanos asociados fuertemente entre sí por el sentido de la “patria”, se consideran a la vez distintos de los demás seres humanos que no pertenecen a ella. Es así como el “extranjero” ha sido, y en gran manera sigue siéndolo, un potencial agresor.

Esta agresión potencial puede revestir formas diferentes. Desde formas pacíficas como es la competencia comercial en los mercados internacionales, hasta formas violentas como es la potencial invasión y ocupación del territorio por elementos armados procedentes de más allá de las fronteras que limitan la “patria”. El productor de trigo argentino se considera agredido en los mercados internacionales por la competencia del trigo cultivado en Francia. El productor de maíz de USA considera que es una agresión a sus intereses la producción de maíz que se pueda hacer en Europa bajo los

auspicios y protección de la Política Agraria Común. El agricultor argentino de Rosario no mira con los mismos ojos al productor de trigo de Corrientes, que al productor de trigo francés. Rosario y Corrientes forman parte de la misma “patria”, Francia no. Iowa y California forman parte de la misma “patria”, Andalucía o el País de Gales, no. La patria, de una parte, une y aglutina a los seres humanos; de otra parte, los enfrenta.

Si de los enfrentamientos comerciales, pasamos a los enfrentamientos bélicos, hemos de reconocer que el concepto de “patria” ha estado en el origen de gran cantidad de destrozos y de muertes. En el marco de la cultura del “patriotismo” se considera un valor positivo el acudir al frente de batalla con la idea de matar al extranjero, a quien en este caso se le aplica el calificativo de “enemigo”. Siendo un tanto crudo en la expresión, pero con la intención de ser lo más realista y objetivo posible, hemos de reconocer que la famosa frase de “morir por la patria” constituye una envoltura de nobleza a un contenido inhumano. En realidad nadie acude al frente de batalla con la idea de ser matado por el enemigo, sino con la idea de matar al enemigo.

Acepto de buen grado la crítica que se pueda hacer a estas palabras que reconozco que son provocativas. Que chocan con la cultura dominante que durante siglos inmemoriales ha estado vigente. Pero así mismo creo que es llegado el momento de analizar con crudeza y realismo los pros y contras que la cultura de la “patria” ha deparado a la humanidad. Cada suceso bélico de los infinitos que han ocurrido en la historia de la humanidad, es recordado como una hazaña gloriosa, o como una agresión infame, según el lado de la frontera en que estemos situados. Apliquemos fríamente la razón, y hemos de concluir que hay una falta de lógica objetiva. Por irnos a un ejemplo relativamente antiguo, carece de lógica que Napoleón Bonaparte sea recordado por los franceses como un héroe glorioso, y en cambio sea para los españoles un invasor; mientras que los héroes gloriosos fueron los españoles que se opusieron a él, matando cuantos soldados franceses estaban a su alcance. Objetivamente hablando, las dos versiones no pueden ser verdad a la vez.

La resolución de este dilema de verdad y error, exige un análisis del propio concepto de “patria”. ¿Cuál es el origen histórico de las “patrias”? En algunas ocasiones han sido fruto del matrimonio de dos herederos de la familia reinante. Si Isabel de Castilla en lugar de casarse con el heredero de la corona de Aragón, se hubiera casado con el heredero de la corona de Portugal, la configuración de la península Ibérica en dos Estados Soberanos sería hoy

completamente distinta. Portugal y Castilla formarían un Estado; Aragón y Cataluña formarían otro Estado. El que un portugués de nuestros días, considere a un extremeño como un extranjero, tiene un fundamento histórico relativamente débil. Pensemos en todo el continente latinoamericano. Si el sueño de Bolívar hubiera llegado a realizarse, toda la América Latina sería hoy una sola y única patria para todos los seres humanos nacidos al sur de Río Grande. No fue así. América Latina se fraccionó a partir de 1823 en numerosos Estados soberanos. No voy a entrar en la oportunidad de una configuración política u otra del continente latinoamericano. Pero hemos de reconocer que el modelo actual tiene un fundamento solamente coyuntural, y que dadas otras circunstancias hubiera podido ser de otra manera. La única conclusión a que quiero llegar es que el concepto de “patria” no es un concepto absoluto. Que las “patrias” actuales pudieran haber sido otras distintas. Por no poner más que un ejemplo, un mejicano de Chiapas, si las circunstancias hubieran sido otras, hoy bien pudiera ser un ciudadano guatemalteco. Por esto afirmo que el concepto de “patria” es meramente circunstancial.

### *3.2. La experiencia histórica de la 2ª postguerra mundial*

Terminada la 2ª guerra mundial, nacen dos concepciones geopolíticas contradictorias entre sí, pero que coexisten durante 45 años. En la Europa Occidental aparece una nueva visión del mundo inaudita hasta ese momento. Unos cuantos líderes políticos conciben un proyecto de Europa contradictorio con una tradición de siglos. Por una vez, sea la clarividencia de la razón, sea la ilusión de la utopía, los conceptos de Nación y de Estado dejan de predominar como proyecto político. Comienzan a ser sustituidos por un nuevo concepto, que no tiene todavía ni consistencia ni realidad política. En ese momento no era más que un deseo, un proyecto virtual, imaginario.

Quiero repetir aquí las palabras que el día 19 de septiembre de 1946, no más de 16 meses después del final de la 2ª guerra mundial, Winston Churchill pronunciaba en la Universidad de Zurich.

“Quisiera hablaros hoy de la tragedia de Europa. Si Europa hubiera estado unida compartiendo su herencia común, no hubiera tenido límite la felicidad, la prosperidad y la gloria que hubieran podido disfrutar sus 300 ó 400 millones de habitantes. Sin embargo de Europa han salido la serie de horribles reyertas nacionalistas originadas por las naciones Teutónicas que hemos visto en este siglo XX, a lo largo de nuestra propia vida, haciendo naufragar la paz y echando a perder las expectativas de toda la humanidad.

Sin embargo todavía hay un remedio, si es aceptado por todos de forma espontánea. Podría ser un milagro que transformase toda la escena. ¿Cuál es este remedio soberano? Recrear la familia Europea, o la mayor parte que podamos de ella, y dotarla de una estructura bajo la cual puedan habitar la paz, la seguridad y la libertad. Tenemos que construir una especie de Estados Unidos de Europa. Solamente así, centenares de millones de trabajadores podrán recuperar la alegría y la esperanza que hace a la vida digna de vivirla. El proceso es simple. Lo único que se necesita es que centenares de millones de hombres y mujeres tomen la decisión de hacer lo que es un acierto, en lugar de hacer lo que es una equivocación, recibiendo en compensación bendiciones en lugar de maldiciones”.

El proceso ha sido largo, y todavía no se ha terminado. Once años más tarde, en 1957, se firmaba el Tratado de Roma, por sólo seis países. Hoy ya son 15, y próximamente se espera llegar a 18 o 20. El proyecto no está acabado, es de todos conocido que se va construyendo poco a poco.

Lo que creo que es importante señalar es que el modelo de integración europea se está haciendo a base de cesión de soberanía de los Estados miembros a las instancias supraestatales. El proceso de construcción europea está consistiendo en ir vaciando progresivamente de contenido la soberanía de los Estados miembros, para adjudicársela a instancias supranacionales. En esta dinámica el concepto de patria española, francesa o alemana, está perdiendo contenido. Cada una de estas “patrias” por separado cada vez significan menos. Y son sustituidas por Europa.

Miremos al futuro. Europa es demasiado pequeña. La dialéctica histórica a la cual estamos asistiendo no es sustituir pequeñas patrias por una patria más grande. Si fuera así de forma que una “patria” europea sustituya a una patria francesa o española, nos quedaríamos en una mera estrategia de poder político. Evidentemente Europa es más poderosa que cada Estado europeo por separado. La filosofía que subyace al proyecto europeo no es crear un poder que pueda enfrentarse a poderes extraeuropeos de gran magnitud. Pensar así es desvirtuar la dinámica política del proceso. Estamos ante un fenómeno de una profundidad muchísimo mayor. Lo que está adquiriendo consistencia política en el proceso es la desvirtuación del propio concepto de “patria”. Si ya España o Francia o Italia, como “patrias” separadas van perdiendo sentido, el futuro político que alumbrará este siglo XXI es que también la “patria” europea pierda sentido. Los hombres y mujeres que nazcan en este sentido tendrán todos la misma y única patria: EL MUNDO. No hay razón objetiva por la cual un europeo haya de considerar que un sudanés, un boliviano, o un indonesio, sea para él más extranjero que cualquier otro ciudadano de Europa. Los hombres y mujeres del mundo

entero formamos una única familia. No hay motivo para considerarse unos a otros potenciales agresores. Yo soy español de la ciudad de Córdoba. Un ciudadano de Ohio, de Perú o de Camboya, no es para mí más ajeno, ni mas extraño, que un ciudadano de la ciudad de Salamanca. Este es el futuro de la humanidad en el siglo XXI.

En estos mismos años en que se ha estado construyendo la fusión de los Estados europeos en la Unión Europea, ha estado vigente a nivel mundial un modelo divisor de todo el planeta en dos grandes bloques, liderados cada uno por una potencia militar. El sistema de bloques ha conformado la historia del mundo durante toda la segunda mitad del siglo XX. Aquel sistema dejó un reguero de pequeñas guerras a lo largo y ancho del mundo. Cada pequeño país situado bajo el área de influencia de una de las dos potencias hegemónicas, era a su vez objeto del apoyo o de las represalias de los que estaban situados en el otro lado. El sistema de bloques convirtió al mundo en la dialéctica entre el bien y el mal, entre los buenos y los malos. Para cada uno los malos eran los que estaban situados del otro lado de la línea divisoria. Esta forma de ver el mundo trajo consigo la carrera armamentística. De un lado y de otro se consideraba imprescindible armarse con materiales cada vez más sofisticados y caros, de manera que no pudiera ser superado por la sofisticación y encarecimiento del armamento adversario. Los recursos de materias primas, financieros y humanos consumidos por la carrera armamentística han sido ingentes. Al final han resultado baldíos. Felizmente no han sido usados. Han quedado obsoletos e inservibles antes de ser estrenados.

La carrera armamentística se apoyaba en un postulado cultural aceptado: el otro bloque era considerado un virtual agresor, del cual había que estar protegido, más aún había que estar en condiciones de destruirlo llegado el caso. Esta forma de pensar ha sido evidente, indiscutida. Al final ha desaparecido arrastrada por la propia incoherencia que llevaba en su interior.

Los que éramos niños en los años 30 hemos sido testigos de un cambio cultural, cuyas dimensiones son de tal magnitud, que posiblemente no hayamos sido capaces de abarcarlo en su dimensión total. Durante mucho tiempo hemos vivido en un universo donde valores tales como la valentía, el heroísmo, la patria, en definitiva todo aquello que estaba relacionado con la fuerza física y la derrota del adversario, constituían valores superiores. El orgullo de haber vencido en un conflicto armado a la ideología adversaria constituía un motivo de seguridad colectiva. Después de la guerra civil, tuvo

la lugar la guerra mundial. De nuevo se impuso la misma cultura de la victoria militar. La economía de los países industriales ha estado condicionada durante 45 años (1945–1990) por la carrera armamentística, y la política por el fenómeno del “satelitismo” en torno a los dos grandes imperios hegemónicos: USA y la Unión Soviética. Si el conflicto armado entre las dos grandes potencias nunca llegó a desencadenarse, se ha pretendido resolver los conflictos entre los pequeños Estados, o entre los grupos sociales dentro de un Estado, mediante la victoria militar de un contrincante sobre el otro.

Esta cultura se ha desvanecido. Seamos conscientes de que finalmente la sociedad mundial ha tomado conciencia de que la victoria militar es una victoria meramente coyuntural. Al cabo de un cierto tiempo, cuando el equilibrio de fuerzas se ha recompuesto surge de nuevo la confrontación violenta. Así es como ha vivido durante siglos la humanidad. No es que tengamos miedo a la guerra por la hipótesis de perderla, o por las desgracias que lleva asociadas. Es que por fin hemos descubierto que la guerra es inútil como método de resolución de conflictos.

El propio conflicto de los Balcanes, por referirme al que tenemos más cerca, pone de manifiesto este aserto. En otra circunstancia cultural los partidarios de los serbios de un lado y de los croatas del otro, hubieran desencadenado el conflicto internacional, tal como ocurrió en 1914. Hoy simplemente la sociedad mundial no cree ni tiene confianza en la victoria militar.

### *3.3. El final de la soberanía de los Estados*

El mundo se está configurando de manera que los propios Estados, cuya característica fundamental es la soberanía, empiezan a no ser soberanos. Unas veces por acuerdos internacionales expresos, como es el caso de la Unión Europea. Otras veces por la misma fuerza de los hechos. Las fronteras entre los Estados son barreras, cada vez, más permeables. La libre circulación de mercancías, de capitales y de personas no está todavía implantada a nivel total. Va camino de ello. La que se está retrasando más es la de las personas. En este asunto, como en tantos otros, el poder del dinero es más eficiente, que el poder de los derechos humanos. El capital, buscando oportunidades de inversión rentables logra más fácilmente autorización para circular libremente, que las personas que buscan oportunidades de trabajo, y mejores condiciones de vida.

Aun no habiendo llegado todavía a la implantación universal de la libre circulación de capitales, mercancías y personas, aun siendo todavía una implantación limitada, los efectos se han dejado sentir. Los Estados ya no pueden controlar soberanamente su política monetaria, ni su comercio internacional, ni por supuesto su sistema de defensa. Los niveles salariales de un Estado no son independientes de los niveles salariales que existan en otros. Los sistemas de comunicación no se pueden diseñar a nivel de un sólo Estado. El mundo entero es una unidad. Ninguna decisión política, económica o social tiene ya sentido concebida a nivel de un Estado, y para un Estado. Ha nacido un nuevo objeto de gestión política, económica y social: el mundo.

El fenómeno de la globalización se está imponiendo como un hecho. La globalización no ha nacido por decisión de ninguna persona, ni de ningún grupo de poder. La globalización nos la hemos encontrado. El tráfico mundial de la información, del capital, de las mercancías, la rapidez de los transportes han acercado a los hombres y mujeres de todo el mundo. Y un fenómeno importante: el cambio cultural. El propio concepto de “extranjero” va perdiendo consistencia. Esto es un hecho histórico, no es producto de la decisión estratégica de nadie.

Pero como todo hecho histórico no planificado, ha nacido sin unas estructuras jurídicas, políticas, administrativas. Nos encontramos en cierta forma en una situación parecida a la que se encontró la sociedad europea del siglo XVIII cuando el nacimiento de la primera revolución industrial. Aquella revolución de la maquinaria industrial, tampoco fue una decisión estratégica de nadie. Fue un hecho tecnológico que irrumpió por sí mismo, dando lugar a dejar anticuadas las estructuras aristocráticas de la sociedad de la época. El advenimiento de esta revolución industrial encontró a la sociedad sin estructuras jurídicas ni políticas que le dieran un marco adecuado. Ante la carencia de una legislación mercantil, laboral, fiscal se produjeron aquellos abusos inhumanos de las factorías y las minas.

En nuestros días ocurre una situación similar. El mundo de hecho se ha globalizado. Pero no hay instalada ninguna autoridad global, ninguna ley laboral global, ninguna normativa fiscal global. He aquí la ingente tarea política de los líderes que han de tomar las decisiones en estos albores del siglo XXI. El mundo necesita una autoridad mundial, que gobierne el mundo entero en beneficio de los seres humanos que pueblan el mundo entero, de forma semejante a como las autoridades de los actuales Estados gobiernan en beneficio de los ciudadanos de sus respectivos Estados.

Puede que estas palabras suenen a un sueño imaginario e imposible. Lo mismo que pudieron parecer a muchos un sueño imaginario e imposible las palabras de Winston Churchill en 1946, cuando sobre las cenizas de una Alemania arrasada por las bombas de los aliados, sobre los cadáveres de los campos de concentración nazis, afirmó que había que mirar al futuro y no al pasado. Que Francia y Alemania podían sacar lo mejor de sí mismas para construir una Europa Unida en bien de todos los europeos. Es llegado el momento de que cada pueblo y nación saque lo mejor de sí mismo para construir una única patria global en beneficio de todos los hombres y mujeres que pueblan el planeta.